

Cartas a La Habana

Alfonso Reyes

Dentro de su Nueva Biblioteca Mexicana, nuestra Universidad tiene en prensa la edición conmemorativa *Alfonso Reyes: Cartas a La Habana*, con prólogo y notas del investigador cubano Alejandro González Acosta. En el volumen aparecen reunidas las cartas dirigidas por nuestro escritor al dominicano Max Henríquez Ureña —entonces residente en La Habana— y a los cubanos Antonio Ramos y Jorge Mañach. Reproducimos la "Carta abierta a Max Henríquez Ureña", fechada en México en julio de 1950.

Max muy querido:

Los gratísimos recuerdos de nuestro reciente encuentro en Nueva York, tu preciosa casita, ya acariciada por el jardín naciente, la dulce fraternidad de tu Guarina: todo ello ha seguido vivo en nuestros corazones, y mi mujer y yo difícilmente olvidáramos tan felices instantes. Aún creo ver aquella graciosa miniatura doméstica a que has reducido tu retiro de varón prudente, escondida entre los orgullosos rascacielos de Forest Hill, y me figuro que vuestro huerto pronto comenzará a brindar sus frutos, cumpliendo así las promesas de la húmeda primavera. He acabado una lectura atenta de tu bello libro antológico sobre Pedro. Tu prólogo tiene un valor único, no sólo por la curiosidad y riqueza de noticias, sino por el arte con que has acertado a pintar un cuadro de época y el interior de un hogar tan de nuestra tierra y, al mismo tiempo, tan ejemplar y decoroso. ¡Ya lo quisieran para un domingo nuestros mejores novelistas!

Tu magistral sobriedad contiene una inmensa carga de emoción. Esas páginas valen tanto por lo que dices como por lo que callas. Y el trazo es tan firme, tan directo, que lo engaña a uno, y se queda uno creyendo que todo lo escribiste de un rasgo, sin percatarte de la maravilla que has hecho. Aparte de tus muchos libros excelentes, ya podías quedarte satisfecho si sólo esto hubieras escrito. ¡Qué lección para los que nos echan en cara los defectos del tropicalismo! ¡Y qué modelo de sencillez clásica en esta

era de paladares estragados! No sé cómo te las arreglaste para dar esa visión tan nítida del ambiente sin un solo alarde extremo, y para dibujar el retrato de Pedro a la vez que el tuyo, con esos toques indirectos del diálogo cuyo secreto has descubierto por tu propia cuenta.

La evocación de las nobles figuras familiares se queda en la conciencia del lector: tu padre don Francisco, hombre sabio e ilustre repúblico; tu madre doña Salomé, nobilísima mujer y poetisa a quien Pedro y tú me enseñásteis a venerar; tu tío, el encantador maestro "don Fede", en quien Vasconcelos, que tuvo la suerte de tratarlo, me decía que se habían concentrado las últimas esencias de la cortesía y el señorío americanos; y tantos otros literatos y educadores de tu país entre los cuales ha discurrido tu infancia estudiosa. ¡Y esa portentosa infancia de Pedro comparable a la del niño Goethe, inclinado a vigilar las lecturas y los ejercicios escolares de sus hermanos menores! Y así tus páginas valen tanto por sí solas como por las personas que en ellas haces desfilar.

Yo, que sin duda padezco el mal hereditario del barroquismo mexicano, te he leído con envidia. ¡Qué pluma adulta, qué estilo despejado, qué tono seguro y elegante! Así escribían los griegos, Max, sin echar tierra a la cara de los lectores, y tan atentos a su objeto, que no parecían pensar nunca en que estaban escribiendo, sino viviendo otra vez lo que contaban, de cierta manera espectral. Cuando en nuestra América se decante el vino revuelto se apreciará mejor lo que has hecho: breve obra perfecta donde se compenetran las calidades éticas y estéticas. En suma, has sabido, como sin esfuerzo, ponerte a la altura de tu asunto. Aquí de la "difícil facilidad" y todo aquello de que se nos habla tanto y tan pocas veces se nos muestra. Yo, que estoy en el secreto, que te leo —digamos— con malicia, adivino el sacrificio disimulado para alcanzar esa tersura, esa asepsia, esa saludable serenidad. Por lo mismo que tu prólogo está llamado a perdurar, me atrevo a sugerirte un breve retoque. Dices por ahí que, hacia 1920 y

tantos, en la etapa de Vasconcelos, Pedro fundó la Escuela de Altos Estudios. No: la fundó Justo Sierra en 1910, al crear el nuevo régimen universitario. Lo que hay es que Pedro y Antonio Caso, nuestro Antonio también inolvidable, llamados por el doctor Alfonso Pruneda y acogidos luego por don Ezequiel Chávez —segundo y tercer directores del tal instituto respectivamente, pues el primero lo fue don Porfirio Parra, que murió solitario y desolado entre "la gritería de trescientasocas"— organizaron allí el programa original de estudios, secundariamente auxiliados por quien se honraba y se honra en haber sido el Benjamín de la tribu.

Y por cierto que la primer planta de profesores —a excepción de algún extranjero— desempeñaba sus funciones gratuitamente. Pues queríamos que la escuela —germen de la futura Facultad de Filosofía y Letras entre otras cosas— viviera sin costarle al Estado; pues, por artificiales razones de presupuesto, la atacaba entonces la demagogia desenfrenada de algunos ignaros, verdaderos criminales públicos, a cuyo sentir el pueblo mexicano no tenía derecho a la cultura superior porque andaba descalzo. ¡También solían andar descalzos Sócrates y sus discípulos, por los verdes plataneros de Iliso, inventando la filosofía moral! Me remito a las páginas de mi libro *Pasado inmediato y otros ensayos*, donde he referido estas historias.

Pero si algo especialmente me contenta y llena de orgullo es que me hayas asociado tan íntimamente contigo y con Pedro al resucitar tus memorias. Mañana, cuando la juventud busque vuestros libros y os invoque como ejemplos de las vocaciones orientadoras, habrá de tropezar, de paso, con mi nombre, y esa será mi fama póstuma. Tú y yo, para entonces, amigo mío de todas las horas, habremos emigrado ya —como decían las inscripciones antiguas— "hacia el reino donde yacen los muchos". Vale et me ama.

Alfonso Reyes ♦